

ALBA CORPAS

*Me emborraché para
olvidarte y ahora
te veo doble*



 **esencia**

*Me emborraché
para olvidarte
y ahora te veo doble*

Alba Corpas

Esencia/Planeta

© Alba Corpas, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: © Anna Omelchenko, © Denizo, CoolR - Coprid - Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: abril de 2015
ISBN: 978-84-08-13871-6
Depósito legal: B. 4.433-2015
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Pipipipi. Pipipipi. Pipipipi. Como cada mañana, el despertador de Lily sonó puntual y, como cada mañana, Lily lo paró y se quedó diez minutos más en la cama. Como cada mañana también, esos diez minutos se convirtieron en treinta y, como cada mañana, Lily se duchó, vistió y maquilló en tiempo récord para no llegar tarde a su trabajo. El primer café del día lo dejaría para después. Un viernes cualquiera. O no.

—Que alguien le diga a la señorita Olsen que la quiero ver en mi despacho en cuanto llegue —bramó el señor Anderson.

Anderson, director de *Di Sole*, la revista femenina más importante del país, estaba de mal humor. Eso sólo podía significar dos cosas. Una, que las ventas del número pasado no habían sido las esperadas, o dos, que había oído la conversación de Lily con Luisa, su compañera y amiga, riéndose de él en los pasillos de la redacción.

Aunque llegó justo a tiempo, entró por la puerta hecha un flan. Una bronca de Anderson era lo que menos necesitaba en esos momentos. Tenía unas ojeras que le llegaban a los pies, después de no haber dormido nada la noche anterior, tras haber discutido con Silvia, su madre, una mujer que conseguía sacarla de sus casillas y a la cual era muy difícil hacerla entrar en razón si se le metía algo en la cabeza. De tal palo, tal astilla, en realidad.

Al llegar a su mesa, se maldijo a sí misma por no haberse tomado el café antes de salir de casa. Al menos, así habría tenido

algo más de fuerza para hablar con su jefe, o el Moscón, como lo llamaban en la redacción.

—Lily, el Moscón quiere verte, y parece que no es su día. ¡Buena suerte! —le dijo Luisa al verla entrar por la puerta, tan increíblemente perfecta como siempre.

—Sí, gracias por avisar. Ya le había oído gritar mi nombre desde el pasillo... —respondió Lily, mientras dejaba sus cosas encima de su mesa—. ¿Qué te parece mi falda nueva? Es un pequeño caprichito que me di ayer. Estaba en el escaparate y en la etiqueta ponía «Para Lily».

Las compras eran una de sus grandes y caras perdiciones.

—Sí, claro, todo es para Lily —contestó Luisa con sorna—. ¿Se puede saber cuánto te ha costado esta monada, firmada por... Cavalli? —Había estado a punto de adivinarlo con una simple ojeada.

—Casi, my friend. ¡Dolce, Dolce, Dolce! Y no preguntes por dinero, ¡no queda bien!

—Ains, Lily... ¿Cuándo aprenderás que las tarjetas no son un saco sin fondo...? —Luisa era, además de su compañera en *Di Sole*, su amiga más incondicional, su pack, como la llamaba cariñosamente.

—¡Cállate! Sólo me doy un capricho de vez en cuando. Ya sabes que las compras son mi vía de escape —soltó, mientras daba una vuelta sobre sí misma, mostrando el vuelo de la falda—. Además, no digas nada, pero ¡presiento que hoy es mi día! —Según pasaban los minutos, su positividad habitual volvía a ella—. Quizás el Moscón, por fin, me vaya a ofrecer el puesto de redactora jefe, ¿no crees?

—¡Seguro! La verdad es que nadie se merece ese trabajo más que tú —respondió Luisa, contagiada por el carácter alegre de su amiga—. Llevas aquí cuatro años trabajando a la sombra de Mireia y ahora que ella se ha ido a la competencia, la muy bru-

ja, ¡es tu momento! De todas maneras, ten cuidado, aún no se ha tomado el café de la mañana y ya sabes lo que eso significa...

—¿Él tampoco? —Recordó su ansiado tazón XXL que se había quedado esperando en su pequeña cocina—. Pues mira, mejor, así celebramos mi ascenso los dos juntos con una taza humeante. —Y dirigiéndose hacia el despacho, gritó—: ¡Luisa, cruza los dedos! ¡Estoy segura de que dentro de treinta minutos saldré por esa puerta siendo tu nueva jefa!

—¡Cruzados!

Con toda la confianza de una persona segura de sí misma, Lily llamó a la puerta, decidida a comerse el mundo.

—Señor Anderson, me han dicho que quería hablar conmigo —se apresuró a decir con la mayor de sus sonrisas, una sonrisa que, por cierto, utilizaba a su antojo cuando quería sacar algo provechoso de quienes la rodeaban.

—Sí, buenos días, señorita Olsen. No voy a extenderme mucho... Como sabrá, desde que nuestra anterior redactora jefe de moda se ha marchado, estamos haciendo una reestructuración de la plantilla.

—Sí, algo había oído... —respondió, mientras su sonrisa se hacía cada vez más y más grande. Estaba rozando el puesto con la yema de los dedos.

—Bien, hemos pensado que ya va siendo hora de un cambio. *Di Sole* necesita dar un giro. Una renovación, gente nueva...

La cara de Lily pasaba de la alegría a la felicidad y de ahí al éxtasis. El puesto era suyo, ¡lo sabía!

—¿Me está escuchando, señorita Olsen?

—Por supuesto. Decía que necesitamos gente nueva.

—Así es. Por eso, le repetiré lo que acabo de decirle y que parece que la ha alegrado más de lo que esperaba: prescindiremos de usted a partir de... bueno, a partir de hoy.

—¿Pres... qué? ¿Eso es... despedida? Pero ¿cómo ha podido pasar? ¡Llevo cuatro años deslomándome y quedándome sin vida privada por esta revista!

Tenía que ser una broma. Y de muy mal gusto, además.

—Lo sabemos, y se lo agradecemos muchísimo. Es una pena, pero no nos eche la culpa a nosotros. El presupuesto de la revista se ha visto considerablemente reducido desde que comenzó la crisis.

—Pero entonces, ¿eso de que se necesita un cambio y gente nueva?

—Bueno, digamos que es la forma más bonita y maquillada de decir que media plantilla se va a la calle y que los supliremos con becarios, que son bastante más baratos. Pero escuche, usted vale mucho, sé que pronto encontrará otro empleo.

—¡Váyase usted un poquito a la mierda, Moscón!

La positividad era uno de los rasgos más característicos de Lily. Y la impulsividad también.

El final de la conversación con el señor Anderson se había oído en toda la redacción. Lily se levantó, le dedicó aquella mirada de odio con sus grandes ojos verdes que tenía preparada para ocasiones especiales en las que se sentía realmente vapuleada y pegó un portazo, no sin antes volverse y dirigirse a su —hasta entonces— jefe:

—Y sí, Moscón es su apodo en esta redacción. ¿Y sabe por qué? ¡Porque va oliendo la mierda de todos los culos de los jefazos! ¡Por eso está donde está!

Un silencio sepulcral se apoderó de toda la planta, donde, normalmente, el ruido de gritos, canales de noticias e impresoras hacían que pareciese más un gallinero que un lugar de trabajo. Mientras comenzaba a recoger sus cosas, Lily se dirigió a Luisa:

—¿Y ahora qué hago con esta falda de quinientos pavos? ¡Le he quitado la etiqueta!



Cabreada como pocas veces en su vida, Lily iba de camino a su casa, maldiciendo y rumiando todas las cosas que se le habían quedado en el tintero y no le había soltado al incompetente de Anderson. ¿Despedida? Aún no podía creérselo. Ella, la primera de su promoción, la incombustible redactora de *Di Sole* que gastaba las pocas horas libres que le dejaba su trabajo en seguir trabajando. Ella, que había dado su vida (¡¡su vida!!) por esa revista, ahora le daban una patada en su bonito trasero.

Y, para colmo, no era su día. Cuando le quedaban tres paradas para llegar a su casa, una voz avisó a los viajeros del metro que había una incidencia, por lo que el transporte estaría parado al menos una hora. «Oh no, lo que me faltaba.» Lo que menos necesitaba en ese momento era quedarse otra hora más de su vida encerrada en ese vagón infestado de gente, en plena hora punta, donde los olores de unos y otros se concentraban hasta el punto de la asfixia.

Cargada con los bártulos que había ido acumulando en su mesa durante los últimos cuatro años, Lily decidió subir y coger un taxi. No serían más de cinco o seis euros, se lo podía permitir. Y, además, las sandalias de Jimmy Choo de cuatrocientos euros le estaban reventando los pies como para pensar en andar siquiera cien metros.

Bueno, al menos había tenido suerte. Justo cuando salía de la boca de metro de Gran Vía, un hombre se apeaba de un taxi. Corrió hacia el vehículo y lo cogió.

—A la calle Irún, por favor.

Pero ¿qué más le podía pasar? ¿En qué momento se le pudo pasar por la cabeza coger un taxi en hora punta para cruzar el centro de Madrid? Tras media hora metida en un coche, con un conductor de dudosa profesionalidad y con catorce euros menos en su cartera, Lily estaba por fin en su casa. Un bonito loft ubicado en pleno centro de la ciudad, cerca de Plaza de España. Un espacio creado por y para ella. ¿Lo mejor de todo? Las vistas. La pared principal era una cristalera desde donde se veía el famoso Templo de Debod. Su casa era sin duda su remanso de paz, pero ni siquiera éste conseguía que pensase con claridad en ese momento.

Ya era tarde, la rubia neurótica que llevaba dentro había salido a la luz. De modo que se dispuso a hacer lo que siempre la ayudaba a calmarse: escribir en su querido blog, un espacio donde soltaba todas sus frustraciones e historias y con el que conseguía ser, simplemente, ella misma.

Tirada en el sofá y mientras contemplaba el atardecer, cogió su Mac y, sin pensar demasiado, escribió lo que se le iba ocurriendo.

¡No me lo puedo creer!

Yo, Lily Olsen, estoy despedida. ¡Despedida! ¿Os lo podéis creer? Yo, una parada más de este país. No sé cómo peinetas he podido llegar a esto. ¿Despedida? ¿En serio? Siento si me repito más que el ajo de un gazpacho, pero cuando crees que mejor te van las cosas, a la mierda. He llegado a la oficina y el gilipollas del Moscón me dice que prescindan de mí para poner en mi lugar a un becario. ¡¡Un becario!! Cuatro años aguantándolo a él y a la perra inmundada de Mireia para esto.

¿Conocéis esos días en que os levantáis —con la hora pegada al culo, pero os levantáis— pensando que ése será un buen día y, de repente, se convierte en uno que no se lo desearíais ni a vuestro peor

enemigo? Pues eso me ha pasado a mí. Yo, que he llegado a la redacción convencida de que me iban a ascender... Vale, quizás mi ego personal me había elevado demasiado la moral, pero, en serio, creía que éste era mi momento... ¡Y van y me despiden! Así, sin un gracias siquiera. Lily, estás despedida. Y ya, adiós, bye bye, arrivederci, au revoir. Y no pongo más poliglotismos porque ando espesa, pero vamos, que os lo podría chapurrear en alemán y, si me apuráis, en morunés.

Y, para colmo, ya no puedo cambiar la falda que os conté que me compré ayer. Esta mañana no me lo he pensado dos veces y le he arrancado la etiqueta cual hiena. Quería que mi nueva adquisición me acompañara en lo que se suponía que iba a ser mi Gran Día (con mayúsculas, para acentuar más la crueldad de mi destino). Quinientos euros menos en la cuenta que me hubieran venido genial para pagar el alquiler de este mes, y resulta que ahora están en mi armario, transformados en una bonita tela de organza azul, junto con cuatro o cinco faldas prácticamente iguales, o eso diría mi madre. Pero no, son parecidas; todas tienen ese no sé qué que sé yo que las diferencia del resto.

Sin embargo, no voy a dejar que esta mierda de día me agobie. No. De hecho, voy a hacer lo que tenía pensado para este viernes: salir de fiesta con mis amigas. Al fin y al cabo, parece que han sido razonables y me han despedido a las puertas del fin de semana, para que el Comando Ensaladilla (que así nos hacemos llamar mis amigas y yo, bueno, ya lo sabéis) pueda acompañarme y ahogar las penas en alcohol, sin tener que madrugar al día siguiente. Alcohol, alcohol, alcohol. Y en vena.

Según iba escribiendo estas líneas, la positividad ha vuelto a mi persona. Yo, Lily Olsen, seré una mujer de éxito. Y yo, Lily Olsen, en su primer día —o noche— como parada oficial de este país, mojaré. No sé si sólo las penas, pero mojaré.

Lily

Una hora después de haber publicado su último post, recibió una llamada de Ale, otra integrante del Comando Ensaladilla, una pequeña pelirroja entrometida, a la que Lily consideraba imprescindible en su vida.

—Hola, Ale —respondió cuando descolgó el móvil.

—¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte! ¡Dime que no es verdad lo que acabo de leer en tu blog! *Non ci credo!* —Ale era italiana, pero llevaba viviendo en España más de veinte años. De hecho, hablaba castellano mejor que la mayoría de los españoles.

—Vale, si quieres te digo que es mentira, si te sientes mejor...

—No me lo puedo creer, de verdad. Pero tú no te preocupes, mi Patata Cocida, que esta noche lo olvidamos todo con unos gin tonics en el Raiki Beach, ¿ok?

El Raiki Beach era el nuevo local de moda de la ciudad, al que Lily y sus amigas solían acudir cuando necesitaban tomar muchos, muchos, muchos cócteles. O, si la cosa era realmente grave, muchos, muchos, muchos cócteles acompañados de muchos, muchos, muchos chupitos. Y también cuando querían ligarse a algún que otro soltero, porque, para qué se iban a engañar, a las chicas de su edad les quedaban ya pocos lugares a los que salir por Madrid sin encontrarse a niños de dieciocho o veinte años cuya máxima aspiración era liarse con una madurita. ¿Maduritas ellas? ¡Por favor...!

—Claro que saldremos. Llevaba un rato pensando qué ponerme. Tiene que ser algo especial, que hoy comienza mi nueva vida.

—¿Y te lo piensas? Ponte el Vestido Rojo y un par de los miles de taconazos que tienes. ¡Hoy triunfamos!

—Pues tienes razón. ¡A por ellos!

Con una noche por delante digna de recordar, Lily hizo caso del consejo de su amiga y se plantó el Vestido Rojo. Con mayúsculas. Un vestido que despertaba los deseos más oscuros de unos y de otros y con el que se sentía realmente poderosa. Resaltaba sus

más que generosos atributos femeninos: pechos rebosantes y caderas voluminosas; lo que, en realidad, hacía las delicias de los hombres, y no las escuálidas modelos que estaba tan acostumbrada a ver cuando preparaban los editoriales de moda para *Di Sole*. Acompañó su prenda fetiche con unos zapatos de salón negros firmados por Louboutin, un capricho muy caro, que le costó un disgusto cuando le llegó el extracto del banco a fin de mes.

«¿Y qué hago con mi pelo? ¿¡¡Qué hago con esta melena lacia y lamida por una vaca!!?», pensó, mientras se miraba al espejo, con una toalla enrollada en la cabeza tras salir de la ducha.

Lily era muy exigente consigo misma; siempre se sacaba defectos, pero, en el fondo, sabía que no estaba del todo mal. Medía 1,68 (1,80 con tacones, como solía decir), unas piernas bastante bien esculpidas (sus horas de cinta en el gimnasio le costaban) y una melena rubia natural que solía dejarse suelta para que se secase al aire. Por no hablar de sus ojos: grandes y verdes, su seña de identidad cuando flirteaba con algún soltero en la barra de un bar, mientras barría el aire con una caída de pestañas.

Sin embargo, aquélla sería la primera noche de su nueva vida y quería cambiar. Si salía con el Vestido Rojo, no habría nada de nuevo en ella. Por ello, decidió que su pelo sería la novedad de la noche. Se recogió la melena en una coleta alta y, después de varios intentos fallidos, consiguió rizar las puntas con las tenacillas, lo que le confirió un aspecto de peluquería profesional.

No tardó mucho más en arreglarse. Un poco de colorete, máscara de pestañas y un carmín rojo fueron los detalles que culminaron su look.

«Esta noche me como el mundo», pensó, mientras salía por la puerta de su casa, rumbo al Raiki Beach.